

Acerca de la vigencia del ágora: medicina y “neo-sofisma”

Autor: Claudio Rabec

Service de Pneumologie et Réanimation Respiratoire,
Centre Hospitalier et Universitaire de Dijon, Francia

Correspondencia:
Domicilio postal : 14 rue Paul Gaffarel,
(21079) Dijon, Francia
E-mail: claudio.rabec@chu-dijon.fr

Recibido: 11.03.2014
Aceptado: 13.03.2014

La duda es uno de los nombres de la inteligencia

Jorge Luis Borges

Para nosotros, médicos de esta era, la abundancia de información avanza en un vértigo inexorable. Si desde el positivismo de Comte, el conocimiento se caracteriza por avanzar por adquisiciones sucesivas, en nuestra época esa sucesividad alcanza niveles que la confunden con la simultaneidad. Los tiempos son cada vez más cortos y cada vez es menor la pausa que podemos permitirnos para evitar que la vorágine nos deje fuera del sistema. En su velocidad vertiginosa, la ciencia borra la ignorancia de ayer pero revela la de mañana. Y lo que hoy nombramos como verdad corresponde más a una definición provisoria de las cosas que a su conocimiento definitivo.

No se trata de ejercer una antediluviana y troglodita crítica del progreso. Pero este movimiento acelerado y perpetuo hacia adelante, esta teleología rauda y taquigráfica, no están exentos de riesgos.

El primero radica en su vastedad. Aun aquellos que logran conservar algún dominio sobre sus tiempos y consiguen, al menos a veces, privilegiar lo importante antes que lo urgente, pueden mantenerse informados cuanto menos de los títulos de los artículos más relevantes en su dominio. No hablemos ya de leer los *abstracts*. Y menos aún de desplegar el pergamino del texto. Ni hablar de revisar con celo la lógica del desarrollo científico, o de ejercer una revisión crítica del método. En ejercicio de un cierto realismo trágico, casi podría aventurarse que ya ni siquiera leemos, que (apenas) atravesamos las letras, encaramos diagonales en lugar de líneas rectas. Los que alguna vez aprendimos a leer entre líneas, nos vemos condenados a abofetear el texto saltando líneas, en hojas que no pasan sino que desfilan, en tintas de artificio, en un lastimoso duelo de texturas de papel. Cierto es que tenemos hoy a nuestra disposición

numerosos foros científicos, apartados de revistas y resúmenes de ponencias, aquello que un profesional actualizado “no puede dejar de conocer”. Sin querer poner en duda la capacidad de lectura sesuda (y menos aún la buena voluntad) de quienes ejercen el apostolado de redactar estos “concentrados de ciencia aplicada”, en tanto la subjetividad es una circunstancia inherente a la condición humana, uno puede permitirse ciertos reparos en lo que concierne a los criterios de elección de dichos documentos científicos, como también acordarse del beneficio de la duda frente a la posibilidad de la lectura neutra. Sobre todo, cuando, delicias del sistema obliga, se trata en general de obras por encargo, cuya difusión es manejada a discreción por los comanditarios del trabajo. El ejercicio de la inteligencia (y del libre albedrío, dando por sentado que el mismo exista), invitan, en general, a no fundamentar la elección de un producto basándose exclusivamente en las bondades ostentadas por su fabricante (mismo si ellas pueden bien ser honestas y verdaderas).

El segundo riesgo deriva del primero, pero es más peligroso. Porque compromete el núcleo mismo del método científico. No es necesario explicar aquí que todo camino de un hombre de ciencia comienza con la curiosidad. La curiosidad es el punto de partida de todo itinerario de conocimiento. Es a partir de ella, de la observación de un hecho, que surge la pregunta. Pregunta que nos interpela, que nos incita, que nos provoca. La especulación nos arroja entonces al ruedo de la hipótesis. Y nos impulsa a poner en marcha el arduo camino de encontrar el método más apropiado para demostrarla. Lo que comienza como un yermo desierto se va poblando de discretos oasis que las más de las veces se secan en una decepcionante agonía. Pero en otras convergen en arroyos. A veces en ríos. Y en ocasiones (excepcionales, cierto) pueden devenir mares. Ahora bien, todo este largo y apasionante camino necesita ante todo el cumplir con un requisito inapelable: el ejercicio de la honestidad.

Cuando el científico honesto pone en marcha la metodología que considera apropiada para testear su intuición, tiene una sola deuda con sí mismo: la suspensión de la certeza. Como Sócrates, aquel escrutador de conciencias, se trata de profesar la *antrôpinè sophia*, la sabiduría de un primigenio “no saber”. Se debe partir de la conjetura y acechar la evidencia. E intentar, desplegando un escrupuloso razonamiento, acercarse a la verdad. Actuar por sucesión jerárquica de inteligencias intermediarias acechando la perfección de LA inteligencia. Pasar de la opinión al argumento. Y mismo cuando la verdad parece quedar al alcance de la mano, el científico honesto duda de ella, pone en juego su cartesianismo doctrinal, cuestiona su hipótesis, escudriña el método, sospecha del resultado.

Pero, lamentablemente, en la ciencia actual, como en el ágora griego, acechan los sofistas. Esos mercaderes de relatividad. Aquellos maestros en el combate de palabras, los que ejercen el gobierno de la opinión. Expertos en el arte de la persuasión, no al servicio de la verdad sino de los intereses del que habla, son capaces de convencernos con la misma fuerza de argumentos, con el mismo poder de convicción, de una evidencia y de su contrario. No se trata de buscar la autenticidad sino la victoria. A diferencia del investigador honesto, ellos no parten de la curiosidad ni de la hipótesis. Haciendo gala de un alegre desparpajo, adaptan el resultado a la intención: parten de una supuesta verdad que quieren, *que han decidido* como absoluta y que necesitan a toda prueba demostrar. Para estos expertos en artificios retóricos, la conjetura no es hipótesis sino evidencia. Aducen que la veracidad de un hecho queda demostrada cuando existe una cierta coherencia interna, y no por su acuerdo con la realidad. El móvil de sus acciones es el cálculo de resultados y no los principios. La noción de necesidad, de interés, es el *primum movens* de esa especulación que exhiben como verdad. Y para convencernos de ella, movilizan un ejército de financistas, metodólogos, estadísticos, tecnócratas, doctos en retórica. Y dinero. Mucho dinero. Para terminar encerrándonos en una trama donde esa supuesta verdad adquiere carácter normativo y termina convirtiéndose en dogma. La gravedad, en

este mundo donde el peso vale más que la medida, nos juega en contra...

Por eso, no alcanza con estar informado. Estos tiempos donde información parece ser sinónimo de conocimiento y peor aún, conocimiento sinónimo de saber, están atiborrados de ignorantes informados. Desde la invención de la imprenta, estar informado no constituye ninguna virtud. Para acceder a la información basta con acercarse a la estantería donde se alinean todos los datos imaginables. Antes de Gutenberg, y sobre todo antes de Internet, el conocimiento implicaba un gran sacrificio. En cambio, hoy día, si uno no sabe todo acerca de lo que habla es por simple pereza. La auténtica virtud constituye el crear algo nuevo y único a partir de esos conocimientos.

Por ello, solo un ejercicio alerta y permanente de nuestra conciencia crítica, entender al lenguaje no como un útil destinado a la seducción y a la disimulación, sino como el elemento de progresión hacia la verdad, nos permitirá escapar al influjo de las afirmaciones perentorias y sortear ese relativismo donde hay tantas verdades como creencias. En suma, reconocer a los que ponen la idea al servicio de la ciencia y no la ciencia al servicio de la idea (o peor aún, del objetivo). Se trata ni más ni menos que de escapar al paradigma del pensamiento colectivo acrítico y acceder al *arché*, esa verdad primordial, lo que permanece debajo de las apariencias que cambian.

Y ya advertidos de los riesgos de ese relativismo, allí y solo allí, estaremos en condiciones de saludar la originalidad de la tarea creativa, asombrarnos frente a aquello que otras inteligencias sospecharon. Admirarnos de los métodos singulares que supieron utilizar para argumentar sus conclusiones.

Decía Alejandro Dolina que elegir un camino difícil no es solo escribir sin usar la letra A o dibujar en espiral. A veces se trata solamente de renunciar a la tentación de las avenidas en declive, a la facilidad de los atajos.

O simplemente rehusarse a la pereza.

Conflictos de interés: el autor no tiene conflictos de interés en relación al manuscrito en cuestión.